

OMAR GONZÁLEZ
POETA Y NARRADOR CUBANO

Lección de Historia

*a Luis García Montero,
que cuenta de omisiones.*

He llegado a la guerra. Los japoneses
tienen la imagen del califa, la biblioteca
y la célebre duda de los astrolabios.
Los cristianos avanzan y Occidente ignora
que aquí estuvo el comienzo.

Caen del cielo el diluvio y la fe,
y alguien clava en la piedra la cruz del vencedor.
Quedan el doble arco, la franja y el silencio.
Posan para el futuro los frailes, los mancebos
y en los retablos el incienso se agolpa.

El sonido del agua, la perfección del surco,
los naranjos, su flor; los caballos que braman
antes de galopar; los árabes que parten.

El órgano, la cripta, el sepulcro de un noble;
las mil y siete espadas
conquistan palmo a palmo
la enorme superficie de los muros del alma.

Van a quedar impresos la huella del devoto
y los pocos recuerdos que dejó el perdedor.
Para toda la vida, para este trashumante
que acaba de llegar e interroga a las sombras.
Sin diálogo posible, igual que una batalla

que retrata la piedra. Como aceite y vinagre.
Los nuevos peregrinos visitan la mezquita.
Partieron de Sevilla, fotografían el mundo,
y no pueden hablar en castellano antiguo.
Lo suyo es la mirada, tomar un buen café
y aguardar con el alba otra lección de Historia.

En Cádiz los esperan. Hay noticias de América.
Regresa otro emisario que dibujó la muerte.

(Córdoba, mayo de 2001)

Vienaver

*a María Teresa y Mejides,
culpables del milagro.*

Pensé que en Viena la bruma destruiría
mis huesos de soldado, y vine enfermo
para llegar primero. Como esta primavera.

Pensé tanto y tan poco de la ciudad remota
que me traje a mi perro y lo acosté en mi cama.
Llegué como un misterio, a ver si la nostalgia
me protegía de mí, y los muertos ilustres
jamás me descubrían.

Encontré iluminadas las torres, los palacios,
las calles en jolgorio y polvo en el balcón,
y los techos imposibles de ver por tanto resplandor.
Sólo faltaba un barco sobre las chimeneas,
las ocres chimeneas que deja ver mi hotel.

Viena la incandescente, la de la luz solar
me ha tocado vivir. No tuve soledad,
apenas este instante que dedico al silencio.

¿Es ésta la ciudad donde los dioses cantan?
¿Acaso la contada? ¿Acaso la perdida?

Seguramente hay otra, innombrable y oculta,
sin golpes de marea, sin este rayo de África,
ya sin trópicos tiernos, con otras devociones.

Mi perro se ha dormido. No sé si volveremos.
Ya brotará la tarde como la imaginada,
y yo podré sufrir; quién sabe si llorar.

(Viena, mayo de 2001)